

La libertad

JULIÁN MARÍAS*

El tema de este curso que termina hoy es, como recuerdan ustedes, Cambio de siglo. Normalmente, el cambio de siglo es una pura convención, antes se arrancaba una hoja de calendario y al día siguiente empezaba un año o un siglo, y ahora esta costumbre se ha perdido porque hay agendas, computadores, Internet... Pero, en todo caso, esta vez el cambio de siglo es muy significativo; el 11 de Septiembre del año pasado ocurrió un suceso tremendo que pudimos contemplar en directo por la televisión, y esto sí significó un cambio enorme del cual no hemos salido, continuamos en ello. Es curioso y a mí me preocupa que algunas personas hayan pensado que pueden recobrar su rutina, sus costumbres, sus intereses particulares o, lo que es peor, sus manías, olvidando que estamos en una fase histórica muy delicada, muy compleja.

En este curso, han seguido ustedes —en colaboraciones mucho más interesantes que la mía— el examen de una serie de aspectos muy importantes de los cambios producidos en este siglo que acaba de comenzar. El día 14 de Enero di la primera conferencia, una conferencia sobre la verdad; hoy, 27 de Mayo, voy a hablar de la libertad. Recuerdo que, al final de aquella conferencia ya

* De la Real Academia Española y de la de Bellas Artes. Presidente de FUNDES. Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, 1996.

lejana, recordé la cita evangélica “La verdad os hará libres”, es decir, establecía la conexión entre la verdad y la libertad. Sigo creyendo que la verdad es la condición de todo lo demás, creo que uno de los problemas del mundo actual es el uso —el abuso— de la mentira; la falsedad es otra cosa, la falsedad no es voluntaria, todo el mundo puede caer en error, pero esto se suple, se corrige o se rectifica, mientras que la mentira no, la mentira es voluntaria, el que miente sabe que miente, y eso deja una huella profunda en todo y, muy principalmente, como vamos a ver, en la libertad.

Al llegar este momento, nos encontramos con que la libertad subsiste, por fortuna, en gran parte del mundo, pero en otra parte del mundo muy grande no la hay. En España tenemos una libertad extraordinaria, como pocas veces la hemos tenido, con la dolorosa excepción del País Vasco; no se puede olvidar que esa imagen de nuestro país como un país en libertad tiene algo que lo perturba, pero yo confío en que esto se pueda superar y el País Vasco pueda incorporarse al resto de España en el ejercicio de la libertad. Hay muchos países donde la libertad no existe o existe muy poca; yo me pregunto por qué, en algunos países, las dictaduras, las tiranías u otras formas de opresión de la libertad no suelen durar mucho y desaparecen al cabo del tiempo, mientras que, en otros, perduran años y años y decenios. En España, por ejemplo, hemos tenido largos años en que la libertad estaba disminuida, pero el día en que esa libertad se recobró y se abrió la vía de una convivencia libre en que hemos podido optar entre muy diferentes caminos, encontramos que España estaba viva, estaba despierta, no era un país angostado, aplastado por una losa, adormecido; no conviene olvidar esto. Sin embargo, todos los países que han padecido el telón de acero han terminado en definitiva por adquirir una dosis de libertad muy precaria, las sociedades de estos países no funcionan bien, no han recobrado la libertad de movimientos, están en cierto modo aletargadas y, en gran medida, se ha sustituido un poder político abusivo por mafias que controlan muchas cosas; esto, evidentemente, da mucho que pensar. Si en España esto no ocurrió fue, en primer lugar —hay que decirlo todo—, porque la falta de libertad no era tan grande ni mucho menos y, en segundo lugar, porque con el tiempo las cosas fueron cambiando y esa falta de libertad fue mucho menor, fue menos opresiva; durante muchos años, España había recobrado no la libertad política, pero sí la libertad social y la libertad personal.

Como les decía a ustedes, hay una parte muy grande del mundo en la cual, ahora mismo, no hay libertad. El mundo es muy grande, y cuando hablamos del mundo pensamos en Europa, en América, en el mundo occidental con sus prolongaciones, porque hay países lejanos, remotos, que participan de todo esto; Australia, Nueva Zelanda o Japón, por ejemplo, son países muy distintos en los cuales, sin embargo, imperan formas procedentes del mundo occidental. Esto se está produciendo de un modo interesante. En estos días pasados, hemos visto que se podía tratar con Rusia y con China, países enormes, tradicionalmente ajenos y durante mucho tiempo hostiles, con los cuales ahora cabe cierta colaboración, cabe cierta amistad, y aunque no es una amistad segura ni plena, aunque hay dificultades, el cambio es tan enorme y la importancia de estos dos países es tan grande, que me preocupa mucho que la gente no se dé cuenta de ello y no tenga la alegría de decir que esa inmensa porción de humanidad está empezando a unirse al resto de Occidente y está tratando de colaborar, de convivir pacíficamente, casi amistosamente.

Pero hay, naturalmente, enormes porciones de humanidad en que esto no existe, en que la libertad no funciona, no la hay. No hay, por supuesto, libertad política, pero yo le concedo mucha más importancia a la libertad social y, sobre todo, a la libertad personal; me parece enormemente grave que haya países en los cuales la gente no se atreva a imaginar, no se atreva a proyectar, no se atreva

a hacer imponer, en la medida de lo posible, sus deseos, sus voluntades. Pienso que, en los países donde hay falta de libertad o donde la ha habido, sucede que se suele luchar contra la falta de libertad política; en España, por ejemplo, había personas que estaban en contra de esta situación, evidentemente con justificación, pero su proyecto consistía en destruir la situación política dominante, y yo recuerdo que los esfuerzos que dedicaron muchas personas y los riesgos que corrieron para tratar de destruir o desmoronar la situación política existente no dieron resultado, no fueron eficaces; sin embargo, había muchas personas que, aunque quizá lo desearan, no pretendían tanto y se contentaban con hacer lo que podían, es decir, con actuar libremente. La libertad no es algo que esté ahí, nunca está ahí; la libertad se hace. Yo he dicho muchas veces que siempre hay alguna libertad, por lo menos hay la libertad que uno se toma si está dispuesto a pagar el precio necesario. Yo no soy nadie, ni tengo importancia ninguna, ni soy nada de particular, pero no he dicho una sola palabra que no sea verdad, no he escrito una sola línea que no piense, y eso lo he hecho pasara lo que pasara, fuera cual fuera la situación, en algunas de extrema dificultad y con grandes inconvenientes, y en otras no tanto, pero siempre. Naturalmente, esto no sólo lo he hecho yo, lo han hecho muchas personas, y eso es lo que fue abriendo caminos de libertad cuando estaba negada, cuando no se la buscaba, cuando no era probable, cuando no era fácil; el resultado ha sido encontrarnos con un país vivo, activo, no inerte, no adormecido, no corrompido. Ortega volvió a España en el año 45 y recuerdo que, ya en el 46, dio una primera conferencia en la que dijo que había encontrado sorprendente, casi indecente, la salud de España; esta frase, que fue enormemente comentada, era, como todas las suyas, certera y brillante, porque era cierto, la salud de España era sorprendente y casi indecente porque no se podía esperar, no se podía contar con ella. Esto ocurrió en el 46 y esta situación fue mejorando poco a poco gracias a la imaginación, a la voluntad, al esfuerzo de los millones de españoles que trataban de hacer las cosas lo mejor posible; no se puede pedir más, pero eso sí se puede pedir: hacer las cosas lo mejor posible.

Por tanto, la situación de la libertad en el mundo no es satisfactoria, es precaria, en una porción muy grande del mundo no sólo no existe, sino que ni siquiera existen las condiciones para buscarla, pero en otra parte del mundo muy grande sí y, por fortuna, esta parte del mundo es la rectora, es la que sirve de orientación, aquella de la cual se nutren los demás. La realidad verdadera en que estamos, la realidad a que pertenecemos es el mundo occidental, no Europa ni América, que son dos lóbulos de Occidente; piensen ustedes que los muchos enemigos que tiene Occidente lo combaten con armas occidentales, e igualmente son occidentales las ideas, las ciencias, las técnicas que tienen, pues si no las tuvieran, no podrían ni intentar siquiera combatir a Occidente. Esto quiere decir que es la libertad la que triunfa, es la libertad la que a última hora se impone.

Pero la libertad triunfa y se impone si no la malgastamos, si no la ponemos en peligro, si no la perdemos; porque el hombre es capaz de perder las cosas. Hace mucho tiempo que he hablado de lo que yo llamo la fragilidad de la evidencia: el hombre ve a veces las cosas claramente, las ve con plena evidencia pero, sin embargo, al cabo de cierto tiempo, la presión de lo que se dice o de lo que impera hace que deje de ver eso que vio tan claramente y pierde la evidencia, vuelve a caer en una confusión. Esto ocurre, en gran parte, porque hay en el mundo actual dos cosas que no había en otras épocas: la organización y la publicidad. Casi todas las cosas que pasan en el mundo están muy organizadas, responden a propósitos deliberados en que intervienen muchas personas que tienen técnicas certeras. Recuerdo que mi gran amigo el filósofo Gabriel Marcel hablaba de las técnicas de envilecimiento, les techniques d'aviissement, que existían antes y existen ahora, y si se aplican esas técnicas el resultado es desastroso; hay que defenderse de ellas y no aceptarlas nunca, ¿cómo?:

recurriendo precisamente a la verdad. La verdad —lo vimos en el comienzo de este curso— tiene una virtud particular: es coherente, la verdad no se contradice a sí misma, sobre la verdad se puede edificar algo; pero la mentira no es coherente, la mentira se rectifica, se corrige, se falsifica a sí misma, y no se puede construir sobre el suelo de la mentira. Por eso, si importa la libertad, es tan enormemente importante mantener sin ningún resquicio la exigencia de verdad.

Como ven ustedes, la conexión entre la primera de estas conferencias y la última es sumamente estrecha, pues la verdad y la libertad son dos caras de la misma moneda, de la misma realidad, y si se pierde una, la otra queda gravemente comprometida. Por eso, creo que quien quiera vivir en libertad tiene que ser implacable con la mentira, tiene que mantener la exigencia de verdad sin un desmayo; podrá haber momentos en que no se sepa bien qué hacer, pues la duda es perfectamente legítima, el hombre está lleno de problemas y, si se hiciera el catálogo de las cosas que no entendemos o que no sabemos, éste sería interminable, pero algunas las sabemos o, sobre todo, las podemos saber, las podemos ver claramente si pensamos sobre ellas, si hacemos un esfuerzo; al final, resulta que con ellas se va construyendo una imagen del mundo coherente, un mundo habitable, un mundo en el cual, aunque con inseguridad siempre, se puede estar, se puede proyectar, se puede imaginar, se puede intentar realizar.

Éste es el destino de los diferentes países y de las diferentes épocas, en algunas ha predominado una cosa y en otras ha predominado la otra, pero sin duda ninguna la libertad es la consecuencia casi inexorable de esto. Yo siempre he pensado que los grandes desastres que la humanidad ha padecido a lo largo de milenios han tenido detrás un error intelectual. Y también ha habido grandes logros, grandes momentos de plenitud o de felicidad, pero la felicidad es siempre relativa, es insegura, improbable y, sobre todo, asunto personal. Yo recuerdo que, en la guerra civil española, cuando se hablaba de la Unión Soviética en la zona en que yo estaba, se decía: “los 150 millones de hombres felices”, y a mí me parecía ridículo; ningún régimen puede dar felicidad, algunos pueden quitarla o no darla, pero la felicidad es asunto puramente personal, depende de lo que uno hace, de lo que uno es y también de lo que le pasa, pues el azar constituye parte decisiva de nuestra vida y la felicidad depende en gran medida de ello. Se puede vivir infelizmente en un mundo que por lo demás es bueno y puede también ocurrir lo contrario, pero, naturalmente, la libertad es lo exigible, la libertad es lo que necesitamos mantener y defender.

Esto quiere decir que la libertad hay que hacerla, y hay que hacerla día tras día, hemos de hacer un acto de libertad cada día, lo cual no significa que hay que hacer algo revolucionario o terrible o temeroso, sino simplemente hemos de hacer lo que creemos que es cierto, lo que creemos que es verdadero, lo que verdaderamente deseamos, lo que es auténtico. La autenticidad es la condición misma de la libertad; si uno se deja llevar, si uno sigue las corrientes dominantes, si uno se fía de lo que se dice y no reacciona a ello, entonces está perdido. La verdad es la autenticidad de la vida y en la vida intelectual es la autenticidad del pensamiento.

Como ven ustedes, la cosa no es tan complicada, en el fondo es bastante sencilla, pero la complicación deviene de la práctica de esto, pues la libertad hay que ejercerla cotidianamente, ejercerla en todo, en lo más importante y en lo más grave, y en lo que parece trivial pero no lo es, porque la vida se compone de trivialidades, de menudos detalles que pasan cada día; eso hace que nuestra vida sea nuestra o no. Yo a veces empleo un adjetivo muy modesto y digo que es menester tener una vida presentable, no gloriosa, grandiosa o famosa, que es muy secundario y además la mayor parte de las personas no podemos tenerlo, ni nos hace falta, sino una vida presentable, una

vida que podamos decir que es nuestra, que lo que hacemos y lo que nos pasa lo hacemos nosotros, nos pasa a nosotros; y esto a cualquier escala: desde la modestísima individual de cada uno, que a última hora es la más importante, hasta lo que pasa a las grandes comunidades sociales, históricas, políticas, a la humanidad entera.

Conviene tener las cosas claras y conviene saber ver un poco en qué están las cosas. Quienes hemos intervenido en este curso hemos tratado de ver cuál es el estado en que nos encontramos después del 11 de Septiembre, una fecha decisiva no solamente por la magnitud de lo que ocurrió, que fue tremendo, impresionante, sino porque lo vimos acontecer; ustedes seguramente estaban también delante de la televisión viendo cómo se desmoronaban las Torres Gemelas, cómo los aviones las embestían, cómo se estaban muriendo miles de personas ante nuestros ojos, cómo se estaba cometiendo el suicidio forzado de tantas personas, los tripulantes, los pasajeros de los aviones secuestrados a los cuales se estaba obligando no ya al suicidio, sino al crimen, a ser instrumentos de muerte de miles de personas. Ha sido un acontecimiento increíble que lo hemos podido contemplar, que lo tenemos en la memoria, que lo hemos tenido en la retina, y esto deja una huella importante. Ahora se ha salido un poco de lo más grave y ya se han empezado a orientar las cosas; si reparan ustedes en lo que entonces se pensó y se dijo que iba a ocurrir, verán cómo no ha sido así: se habló de una derrota de Occidente, de una guerra interminable como fue la de Vietnam, pero en tres meses se resolvió la parte principal de este conflicto y se abrió el camino para seguir adelante, con gran moderación y sin atrocidades.

Yo no soy nada partidario de las atrocidades. Siempre he recordado cómo, en nuestra historia relativamente reciente, la crisis de 1898 no fue causa de una dictadura ni de una revolución, a pesar de la guerra con los EEUU, a pesar de la pérdida de lo que quedaba de la España ultramarina, no pasó nada; España estaba regida por una monarquía en manos de una mujer, la Reina Regente María Cristina, y todo siguió funcionando, el senado y el congreso siguieron reuniéndose apaciblemente y se pasó aquella tremenda crisis. Esto me parece prodigioso. Por cierto que aquella crisis no fue mayor que la que han tenido otros países; hablamos de los desastres de España, se habló del desastre nacional, pero han ocurrido otros. Por ejemplo, en 1870, Francia fue invadida por Prusia; los prusianos ocuparon París, derrocaron el imperio de Napoleón III, se estableció la nueva república, y se quedaron no con unas islas al otro lado del mar, sino con dos provincias del territorio francés, Alsacia y Lorena. Esto es bastante más grave. En otros países ocurrieron cosas iguales o parecidas o mayores; lo que ocurrió en España fue vivido como el desastre nacional, pero no pasó nada más, España siguió siendo lo que era, siguió viviendo con paz, con legalidad, con un orden jurídico que no se quebrantó, sin aspavientos. Esto se olvida en general, se habla del desastre pero no se habla de los límites del desastre, de la moderación del desastre, de cómo se salió lícitamente, jurídicamente, políticamente del desastre; es curioso cómo la memoria es selectiva, pero con frecuencia es selectiva en sentido negativo: se recuerda todo lo malo y no se tiene presente lo bueno.

Por tanto, lo decisivo de la libertad es su ejercicio; no hay libertad: la libertad se hace. Se puede gozar de ella en la medida en que la hay, en que la tenemos, pero no la hay más que si la hacemos. Si cada uno de nosotros nos miramos en el fondo de nuestra alma, reconoceremos si hemos hecho lo posible por ejercer la libertad, si hemos estado dispuestos siempre, esto sí, a pagar el precio necesario, que no tiene que ser tremendo ni tiene que ser dramático ni mucho menos melodramático.

El ejercicio de la libertad en España ha tenido muchos inconvenientes, y bastante graves, sí, pero soportables, se podían soportar, se podía abrir el camino de la libertad que fue brotando. Hace mucho tiempo, cuando todavía no había libertad, dije que ésta había brotado como la hierba que nace en los intersticios de las losas de piedra; ahí se fue asomando, fue apareciendo poco a poco, fue floreciendo y, cuando llegó el momento de la eclosión, de la aparición ya más pública, nos encontramos con que esa libertad existía, y existía porque llevábamos mucho tiempo usándola, ejerciéndola. Yo escribí hace ya muchos años un artículo titulado “La vegetación del páramo”; se hablaba del páramo cultural de 40 años y yo mostré que, en ese páramo, se habían publicado un número altísimo de libros libres, de libros que no estaban condicionados por las presiones, por las limitaciones; era una lista increíble y gloriosa de libros que se han estado leyendo durante muchos años, y que se pueden seguir leyendo, si no se quieren olvidar.

Esto es capital. Y hemos de mirarlo a la escala mundial en que hoy tenemos que situarnos, porque es el mundo entero el que está en esta situación, es el mundo entero el que ha padecido el 11 de Septiembre; estamos tratando de recobrar una normalidad perdida de momento, pero a pesar de todo la libertad sigue existiendo. Hemos perdido, sin embargo, algo muy importante: la espontaneidad; en este momento no podemos vivir tranquilos, cómodos, usando de una libertad que está ahí, que es envolvente; no, estamos amenazados, están ocurriendo cosas atroces y pueden ocurrir cosas mucho más atroces todavía, comparables a las del 11 de Septiembre o quizá mayores. La vida es inseguridad y hay que aceptarlo, eso sí lo hemos perdido.

Por tanto, podemos vivir en libertad pero no con holgura, que es una condición humana decisiva. La holgura es la suficiente anchura con que se mueve un juego de piezas, no es demasiada, pero es suficiente; así, la holgura económica no consiste en la riqueza, sino en tener lo necesario y un poco más, basta con eso. Y se está consiguiendo enormemente; la mayor parte de los países de Occidente no son en general países opulentos, aunque alguno puede serlo, pero tienen holgura. Los españoles tomados colectivamente tenemos lo necesario y algo más, bastante más si se mira bien; me preocupa incluso el exceso de abundancia que tenemos, porque hace falta saber usar esa riqueza.

Me ha gustado siempre pensar que los recursos son para los proyectos; a mí me parece perfectamente bien que haya más recursos, con tal de que haya más proyectos, que haya recursos para los proyectos. Está ocurriendo en gran parte del mundo —en España, por ejemplo— que hay más recursos que proyectos, y la consecuencia es, en cierto modo, el aburrimiento. España ha sido un país bastante pobre casi siempre y bastante divertido, y me preocupa que pueda ser un país con holgura, con cierto bienestar y que sea un poco aburrido, que la gente no tenga proyectos para sus recursos. Por ejemplo, se ha dicho que en la Semana Santa hubo 22 millones de desplazamientos, es decir, un número inmenso e increíble de españoles subió a su coche o a los medios de comunicación públicos —a los trenes, a los aviones...— y se trasladó a otros lugares; en el partido de fútbol de Glasgow, hubo 20.000 españoles que se trasladaron a verlo. En esta época de estadísticas, no se hacen estadísticas de lo que interesa, porque me gustaría saber cuánto ha costado todo eso, qué se ha podido pagar, cuánto ha supuesto en gasolina, desplazamientos, billetes de avión, hoteles, etc. Se ha hablado mucho de que había subido la gasolina un céntimo de euro por litro, pero ¿cuántos millones de litros se han consumido? Eso no se piensa, no lo sabemos —yo no lo sé, por supuesto—, parece que nadie se ha ocupado de averiguarlo o de decirlo, pero valdría la pena saberlo.

Por tanto, el equilibrio entre recursos y proyectos es condición de la libertad; se puede apagar la libertad a fuerza de recursos y entonces sobreviene algo que es tremendo: el aburrimiento. Yo recuerdo una frase de Ramón Gómez de la Serna, el genial escritor, que si la hubiera dicho Heidegger estarían haciendo tesis doctorales sobre ello: “Aburrirse es besar a la muerte”. El aburrimiento es una de las peores cosas que le pueden pasar al hombre, es una potencia aterradora; podemos quizá tener momentos aislados de aburrimiento —yo tengo muy pocos, casi siempre tengo demasiado que hacer—, pero a veces hay un aburrimiento colectivo peligroso, inquietante, que naturalmente acaba por reflejarse en la disminución de la libertad.

La libertad es la condición misma de la vida humana, y la verdad y la libertad son absolutamente inseparables. El Evangelio dice: Veritas liberavit vos, “La verdad os hará libres”, y es cosa de tomarlo en serio pues, aunque no se sea creyente, es una verdad que está al alcance de todos, que es evidente. No permitamos que esa evidencia sea frágil, no dejemos de verlo ni de pensarlo. En este momento en que estamos superando las causas más graves de la crisis profunda iniciada al comenzar este siglo, no podemos dormimos, no podemos olvidarnos, no podemos creer que la cosa está ya resuelta, que la libertad está ya asegurada; hay que seguir manteniéndola cada día, constantemente, de un modo cotidiano.

Cada vez creo más en la importancia de la vida cotidiana, de lo que hacemos cada día, porque nuestra vida se compone precisamente de días. Es curioso cómo, cuando nos vamos a dormir —si dormimos—, decimos “hasta mañana” y nos despedimos de ciertas cosas, preocupaciones, ideas y, sobre todo, de ciertas personas; y cuando nos despertamos, ¿a qué o a quiénes nos despertamos?, ¿qué nos encontramos al despertar? La vida empieza nuevamente cada día, y esto es lo decisivo, la vida sería muy distinta si el hombre no tuviera la alternativa sueño-vigilia. La vida se estrena cada día, ¿qué esperamos de ella?, ¿qué queremos?, ¿qué vamos a hacer? No se puede uno simplemente fiar de la rutina de lo que hemos hecho la víspera, porque la víspera es otro día distinto; tenemos que hacer algo nuevo cada día, y eso es justamente el ejercicio de la libertad.

Como ven ustedes, no se trata de nada muy complicado, es algo muy sencillo, pero hay que llegar a los orígenes, a las raíces de la vida, hay que ver cómo el hombre vive. El hombre es por fuerza libre, si renuncia a la libertad, lo hace libremente, por un acto de libertad; puede no darse cuenta o creer que los otros tienen la culpa, pero no, es cada uno el que renuncia a la libertad; ésta es la cuestión, si yo no hago lo que siento, lo que creo y lo que veo de debo hacer, soy yo quien renuncia a ello libremente. Y la libertad se va sumando, se va acumulando, la vida que tenemos va pasando y, al final de ella, nos damos cuenta de que nosotros la hemos hecho, con las cosas, con las personas sobre todo. Nunca olvido la frase que Cervantes repite tanto: “Tú mismo te has forjado tu ventura”, y esto es la condición de esa otra frase que dice Don Quijote: “Yo sé quién soy”. Para saber quiénes somos es menester que nos forjemos nuestra ventura, alegre o triste, gloriosa o humilde, y ésta es la condición de que la vida humana sea nuestra, sea humana, sea vividera, esté hecha de libertad, esté hecha de verdad.

Los dos extremos de este curso se unen ahora: verdad y libertad son totalmente inseparables, no podemos renunciar a ninguna de ellas, las dos son dimensiones constitutivas, absolutamente necesarias la una respecto de la otra. Si miramos cómo está el mundo, veremos que evidentemente hay falta de libertad, pero si miramos un poco más a fondo, encontraremos que por debajo de las

apariciones hay una gran falta de verdad y un predominio constante de la mentira. Ante lo que se dice en los periódicos, en los libros, en la televisión, en la radio, etc., ¿cómo reaccionamos?, ¿vemos que es falso, y no falso simplemente porque sea error, sino que es mentira?, ¿o vemos que es verdad, que el que lo dice lo piensa, nos lo comunica y podemos participar de ello? Ésta es la cuestión decisiva, de la que nuestra libertad depende literal y esencialmente. Sin verdad no hay libertad, y sin libertad el hombre no es hombre, no puede vivir su vida humana.